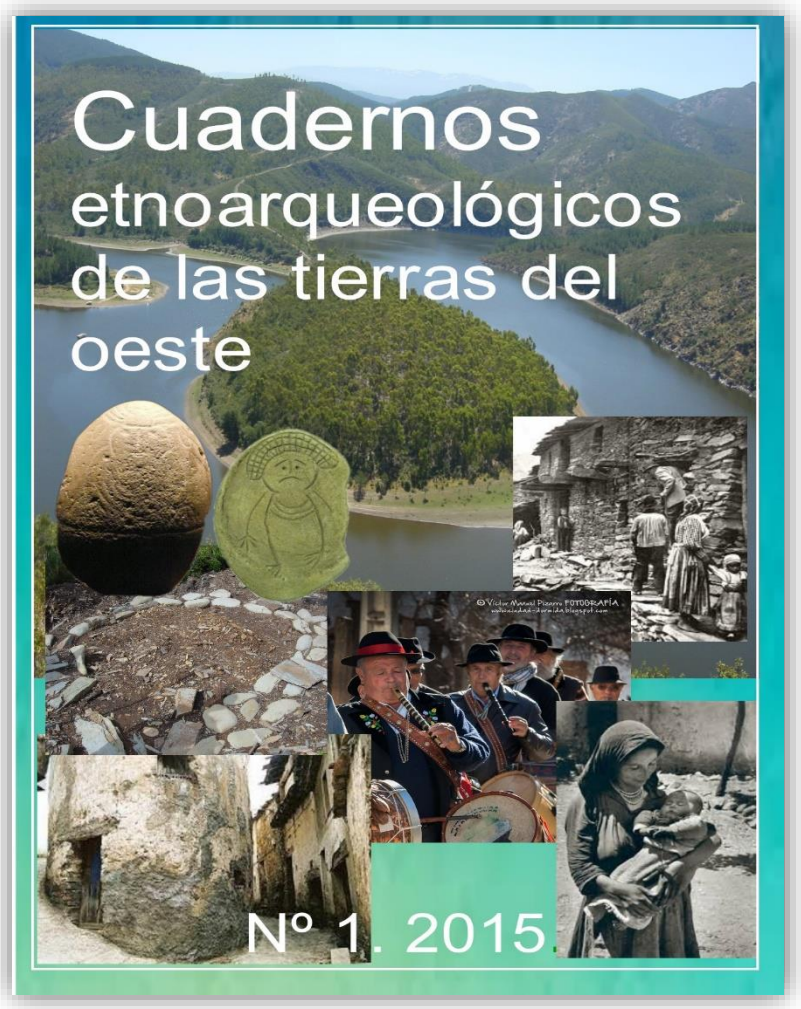


PROLOGO

[…] Para los hombres no existe enseñanza más clara que el conocimiento de los hechos pretéritos (Polibio, *Historias*, I.1.1.)

Como apuntaba Polibio en el siglo II a.d.n.E, la investigación del pasado reside en el estudio y comportamiento de las distintas gentes que nos han precedido en los tiempos. El conocimiento de la historia, a la que se viene considerando desde hace varios siglos como ciencia, está ciertamente condicionada a un conjunto de distintos procesos, unos tecnológicos otros etnológicos. En la conjugación de ambos, se sustentan nuestras raíces y nuestra cultura.

La incorporación de nuevos conjuntos de técnicas desde el siglo XIX, dentro del campo etnológico y arqueológico, ha aportado diferentes respuestas a un sinfín de incógnitas históricas de nuestros pueblos.

Hoy comienza una nueva andadura, a través de este boletín informativo, para todo aquel interesado, como nosotros, en dar a conocer modestamente todo aquello que de

alguna manera conforma la cultura, las tradiciones y la historia de nuestra tierra, sin exigirnos por nuestra parte una divulgación con tecnicismos, muchas veces incomprensibles para el simple interesado que desea conocer su entorno territorial más inmediato o el afectivo.

Estas comunicaciones son producto de una conjugación del patrimonio tanto arqueológico como etnográfico. De sobra es conocida, modernamente, la importancia de la etnografía para interpretar determinados vestigios arqueológicos. En nuestro caso, queremos enmarcar la etnoarqueología dentro de los parámetros de la intrahistoria, por lo que, fundamentalmente, se hará mención a descubrimientos marginales, a las huellas de antepasados nuestros que pasaron, con humildad y de puntillas, por el planeta tierra, pero, aunque fuera de manera anónima, contribuyeron a escribir las páginas de la prehistoria, la protohistoria y la historia.

Para comenzar esta serie de boletines "*Cuadernos etnoarqueológicos de las tierras del oeste*", se analizan dos yacimientos arqueológicos que siguen presentando varios interrogantes a la espera de estudios más detenidos. El estudio de campo es el único método con el que se cuenta para dar a conocer estos enclaves, tanto en su faceta arqueológica como en los datos que nos proporciona el imaginario popular y la cultura tradicional de los paisanos del entorno, a lo que coadyuva el conocimientos del medio natural de Félix Barroso Gutiérrez, gran etnógrafo y defensor a ultranza del patrimonio de nuestra tierra.

En realidad y como ocurre muy a menudo, estas comunicaciones pueden llamar la atención de experimentados investigadores y ofrecer versiones heterodoxas del proceso etnohistórico. A veces, hay que echar mano de la libertad de cátedra y romper ortodoxos moldes, huyendo de los cánones prefijados por ciertos popes que teorizaron a su antojo. Ofrecer otras visiones y pareceres enriquecen el mundo de la etnoarqueología, que no es una ciencia exacta, pero que cuenta con aquellos que, durante siglos, han sido testigos mudos de las prospecciones arqueológicas que se llevaban a cabo en los términos de sus respectivas villas y lugares. Nos referimos a labriegos, pastores, humildes investigadores locales…, gente en general que conoce palmo a palmo los terrenos que hollaron generaciones pasadas en sus dinámicas agropecuarias. Los que amamos todo aquello que de alguna forma supuso nuestra historia en todas sus vertientes sentimos la necesidad de divulgar, de manera sucinta y sin grandes pretensiones, nuestros hallazgos. Gente vendrá detrás que abrirán otras puertas que darán a estancias más profundas. Pretendemos, igualmente, una mayor concienciación de los hombres que residen dentro de las áreas de nuestro estudio, a fin de que valoren, conozcan y protejan el entorno histórico-cultural de nuestra tierra, pues así se protegerá el legado de nuestros antepasados.

Jaime Rio-Miranda Alcón

Yacimiento arqueológico de “EL MAJAIL”

Se encuentra en un área granítica amesetada, flanqueada en su parte septentrional por el riachuelo de la "Laguna Palaciu"..., que conforma un verde y estrecho valle, que, en su cabecera, acoge unas florecientes huertas.

El topónimo "majail", que viene a significar en el habla de la zona "*conjunto de antiguas majadas*", tiene su origen etimológico en el término latino "*maculata*", con el significado de redil o lugar para encerrar el ganado. Y viejas majadas le debieron parecer a aquella gente que, hace ya un montón de siglos, bautizaron de tal manera a este paraje, pues sobre el terreno, comidos en muchos casos por las zarzas y otras malezas, se aprecian redondeados amontonamientos de piedras, que debieron corresponder a cabañas de épocas prehistóricas.

Terrenos son éstos donde se sembró, hasta hace cuarenta o cincuenta años, centeno. Y al laborearlos, no era extraño que apareciesen utensilios líticos, las llamadas "*piedras de rayo*" por los lugareños. Entre tanta piedra, hemos inspeccionado lo que nos parece un recinto sagrado.

Figura 1- 2 Cazoletas

Aquí, como se aprecia en las (Fig.1 y 2), la superficie plana de un risco granítico con numerosas cazoletas. Las (Fig. 3- 4 y 5),nos muestran al modo de dos morteros trabajados en otro cancho cercano, donde se ve clara la intervención de la mano del hombre, y que nada tienen que ver con los fenómenos erosivos conocidos como "*marmitas*" o "*piletas de gigante*". Las (Fig. 6 y 7) ponen ante nuestros ojos una superficie *barquiforme* o *naviforme* practicada en otra roca y conformada de tal forma para moler o machacar

determinados frutos o bayas, cuyas harinas o residuos podrían ser empleados como ofrendas cultuales.

La (Fig.3) concretamente, muestra en primer plano uno de los morteros, cuya misión no distaría mucho de la misma que la de la superficie barquiforme, foto 5 y, al fondo, la propia molineta, que, en la foto 6, se acompaña de una posible piedra moledera de cuarcita. Puede que los productos molturados fuesen a parar a estos recipientes en forma de mortero, los cuales harían las veces de receptáculos sagrados

Figura 3 detalle de un mortero

Figura 4 Conjunto de rocas donde se hallas estos morteros

Figura 5 Roca con dos morteros

Todo ello (cazoletas, morteros y superficie barquiforme, (Fig. 6) nos sumerge en oscuras hierofonías, donde lo sagrado ocupa un lugar muy relevante. En lo que corresponde a la (Fig.7, vemos algunos fragmentos cerámicos, muy rodados y con escaso perfil, de pastas anaranjadas y de cocción irregular, a los que acompañan un trozo trabajado de esquisto pizarroso, de grano muy fino e impropio del área que estudiamos.

Igualmente, vemos un mazacote cuya textura parece corresponderse a una mezcla de galena y blenda. Sabido es que estas especies minerales fueron utilizadas en épocas prehistóricas en fases muy anteriores a su utilización metalúrgica.

Figura 6 Roca con superficie barquiforme

La arqueometalurgia nos dice que los óxidos plomíferos extraídos de la galena se emplearon como objetos cosméticos, para sombrear los ojos. También la galena formó parte de los llamados "bronces ternarios", mezclada con cobre y estaño. Así mismo, la blenda se usó en aleaciones en períodos prehistóricos, obteniéndose óxido de cinc mediante el calcinado o tostación.

Las (Fig. 8 y 9) se corresponden a dos casetas ubicadas dentro del área estudiada. En la "toza" (dintel) de la segunda caseta (Fig.10) se observa una inscripción prácticamente ilegible, pero, dada su grafía, no debe tener más de un par de siglos a sus espaldas.

Finalmente, las (Fig. 11 y 12) nos muestran un bosquete de perales silvestres, llamados en la zona "galapéruh" o "piruétanuh" ("pyrus bourgaeana", de la familia de las "Rosaceae" y del género "Pyrus"), a escasos metros del recinto sagrado que hemos descrito más arriba.

Figura 7 Fragmentos cerámicos y mazacote de blenda-galena

Las ramas espinosas del "galaperu" se siguen empleando en la comarca como bardas para colocar en las paredes de las fincas y evitar que el ganado pueda franquearlas. Hasta un antiguo refrán nos dice, en habla dialectal, que "en jebreru buhca el guarrapu el bañaeru, y el perru el galaperu". Las fotos fueron obtenidas en la tarde de ayer, día 26 de mayo de 2015

.

Figura 8 Al fondo caseta I

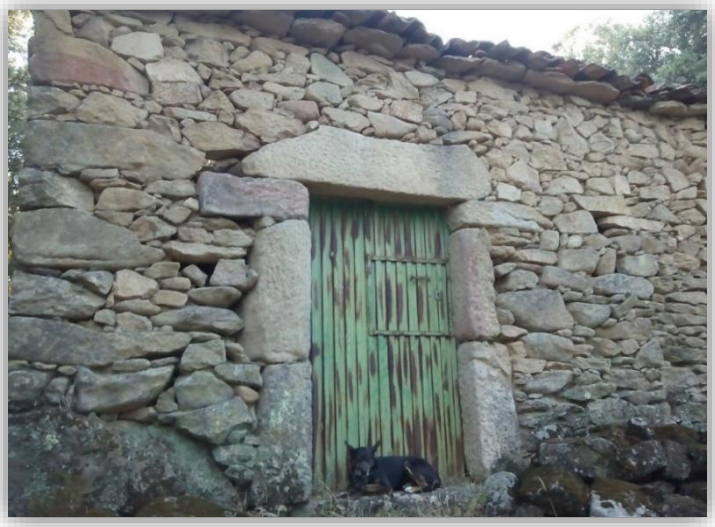
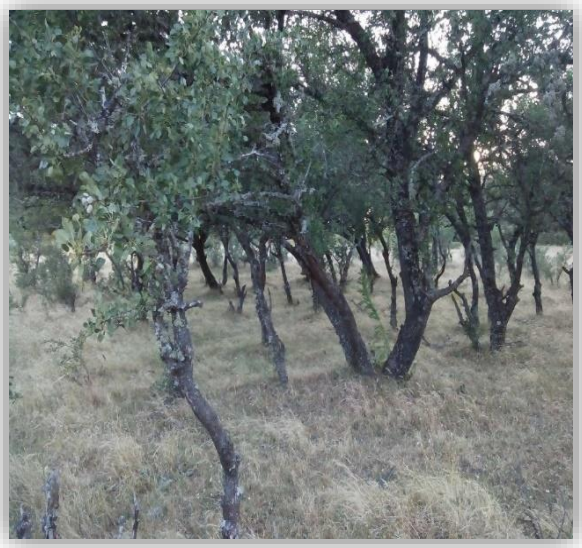
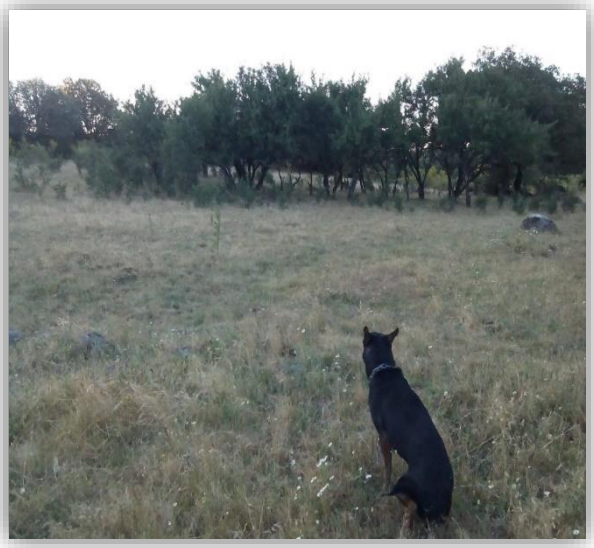


Figura 9: Caseta II.

Figura 10 Detalle del dintel de la caseta II





Figuras 11 y 12: Bosquete de “piruétanuh” o perales silvestres, en las cercanías del recinto estudiado.

“LA MADRI DEL AGUA”

Recinto prehistórico en el paraje de "La Madri del Agua". Nos encontramos ante un cerro desde el que se observan amplias lontananzas. Desde lo alto de los riscos que se asientan en su su cumbre, la sensación de dominio del terreno es inmensa. El propio topónimo ("Madre del Agua") nos indica la abundancia de manantiales en la base de este teso (foto 7). La abundancia de capas freáticas ha dado lugar a que, desde tiempo inmemorial, un sinfín de huertecillos (auténtico minifundio) se aglutinara en torno a este collado. Huertos liliputienses donde se practicaron pozos de amplia boca, sin brocal, de donde se extraía el agua por el arcaico sistema de cigüeñal. En la zona, a estos pozos se les denomina "nóriah", y al cigüeñal, "zaqui".

El paisaje que nos encontramos es el de un amontonamiento de rocas plutónicas, entre las que crecen multitud de matas de roble ("quercus pyrenaica"); almeces ("celtis australis"), llamados en la comarca "joránzuh" , de cuyos frutos y hojas se hacían antiguamente infusiones para regular el flujo menstrual de las mujeres; servales de los cazadores ("serbus aucuparia"), conocidos como "amargósuh"; espinos albares ("crataegus monogyna"), conocidos como "galapéruh"; rosales silvestres ("rosa canina"), a los que llaman "ehcaramújuh" y "zarzazorrúnah"; ruscos ("ruscus aculeatus"), denominado "dehjollinaórih" (se empleaban para quitar el hollín de las chimeneas); terebintos ("pistacia terebinthus"), nombrados "cornicábrah", espesas masas de zarzas ("rubus fruticulus"), diversas especies de "cytisus" (escobas) y otras especies propias de la botánica mediterránea con influencias atlánticas.

En lo alto del cerro, todavía se conserva parte de un recinto ciclópeo, como se puede observar en las fotos 2 y 3, donde enormes piedras arrancadas a las masas graníticas conformaron un descomunal muro que debió coronar toda la cima. Allí, observamos (foto 1) una peña con entalladuras o rústicas escalinatas para acceder a lo alto, en la que existe una superficie acuencada, donde, posiblemente, se llevaron a cabo rituales incardinados en oscuros cultos.

La foto 4-5 muestra un cancho con perfil aserrado, fruto del trabajo con rústicas cuñas, a fin de desprender grandes trozos de roca que servirían para el muro ciclópeo. En la foto nº 6, observamos un habitáculo estrecho y oblongo, aprovechando el roquedo granítico. La 8 expone otro ángulo de la roca con entalladuras, donde los líquenes llevan adheridos infinidad de siglos.

En lo que concierne a la foto 9, vemos otro risco donde se han practicado extrañas escotaduras. La 10 nos muestra una panorámica parcial del recinto, mientras que en la foto 11 observamos una pila cuadrada, pero imposible que fuera usada como comedero o abrevadero para el ganado, dada su altura y las dimensiones de la propia roca.

La 12 y 13 hacen mención a otro roquedo con recipiente pétreo en lo alto, del que sale una canaleta que comunica con otro situado en parte más baja. Otro recipiente semejante vemos en la foto siguiente (14) y, al fondo, un pequeño abrigo rocoso, donde nos contaron que hallaron dos "piédrah de rayu" (elementos líticos pulimentados).

Las fotos 15 y 16 muestran dos casetas, dentro del área que estudiamos. Finalmente, la número 17 (no de muy buena calidad) nos enseña un nido de golondrina dáurica ("hirundo daurica"), realizado con barro y que suelen ser utilizados, después de ser abandonados por tales golondrinas, por los vencejos cafres ("Apus caffer"), que forran el interior del nido con plumas y saliva, depositando uno o dos huevos.

Sin lugar a dudas, este recinto fue un lugar mágico-religioso para nuestros antepasados prehistóricos. De hecho, hemos recogido algunas historias legendarias que mitifican este espacio, relacionadas con los "moros" (moradores de otras épocas de los que no hay referencias claras, según la concepción del paisanaje) y con otros mitológicos personajes que habitan entre los muchos manantiales de este paraje, cuyo topónimo es tan claro y concluyente. Pero de todo ello nos llevaría mucho tiempo hablar. Habrá ocasión para tal menester.

Foto 1 Escotaduras a modo de escalones, para acceder a lo alto de la roca

Foto 2 Muro ciclópeo

Foto 3 Otra vista parcial del muro

Foto 4 Canchal con perfil aserrado en la parte superior, fruto de las cuñas, para desprender grandes trozos utilizados seguramente al muro ciclópeo.

Foto 5 Habitáculo levantado aprovechando la pared del roquedo

Foto 6 Otra vista del mismo habitáculo

Foto 7 Manantiales en la base del teso, donde se circunscriben los humedales de la "Madre del agua" [1]

Foto 8 Detalle de las escotaduras o entalladuras que permiten el acceso a la cima del

Foto 9 Otro tipo de escotaduras de sección rectangular y de cierta profundidad, se desconoce su significado.

[1] El término "madre" es muy significativo, pues viene a definirnos el sentido antiguo de dicho término, como epicentro donde se guarecen los veneros o acuíferos más fértiles de la zona.

Foto 10 Panorámica parcial del recinto

Foto 11 Pila cuadriforme en lo alto de una roca.

Foto 12 Canchal con recipiente en lo alto y canaleta que comunica con otro recipiente situado en la parte inferior.

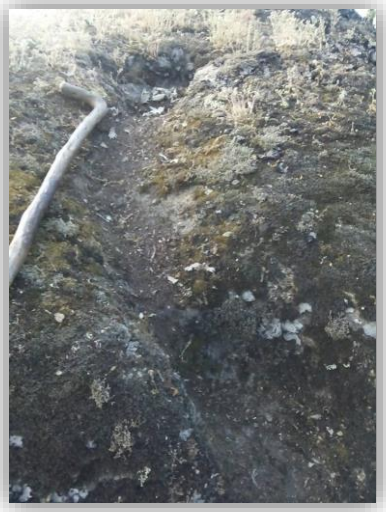


Foto 13 Recipiente superior con su canaleta.

Foto 14 Otra roca con recipiente y desagüe, al fondo se observa una covacha, donde aparecieron dos "piédrah del rayu"

Foto 15 Caseta agropecuaria I

Foto 16 Caseta agropecuaria II

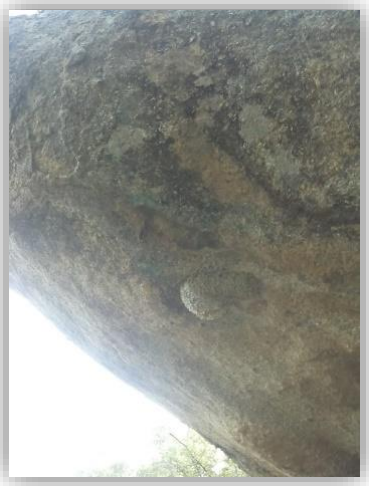


Foto 17 Nido de golondrina daúrica, debajo de una solapa granítica en el área estudiada.

Félix Barroso Gutiérrez - J. Rio-Miranda Alcón
(Fotos Félix Barroso Gutiérrez. Mayo 2015)